Sección 'Miradas'

(pp. 5 – 26)

Esta sección publica artículos originales redactados especialmente por varios reconocidos especialistas en respuesta a un interrogante o tema planteado por los Editores de la revista.

Desafíos de la formación en investigación etnográfica de antropólogos y no antropólogos

En esta ocasión, propusimos a los responsables de tres programas de posgrado en Antropología y Antropología Social debatir las tendencias, desafíos y aprendizajes en la formación etnográfica de posgrado desarrollada en las últimas décadas desde su experiencia de conducción de algunos de los principales centros dedicados a dicha misión. Los ejes del debate son: (a) ¿cuáles son las especificidades, continuidades y discontinuidades de la formación de posgrado en etnografía frente a la de grado, de antropólogos y no antropólogos?; (b) ¿qué desafíos ha atravesado la formación en investigación etnográfica en el contexto actual del sistema científico y de acreditación universitaria, considerando tanto las regulaciones impuestas como la proliferación de propuestas de posgrado; (c) ¿cuáles han sido las formas de inserción de los egresados en el medio académico y/o profesional más amplio, y las posibilidades del posgrado de enfrentar esta cuestión?; (d) ¿hay temas de investigación desarrollados con mayor frecuencia por los estudiantes, cuáles y por qué?; (e) ¿cómo ha enfrentado el programa de formación la finalización de las tesis ya sean de maestría como de doctorado?

Autores invitados

Denis Baranger, Rosana Guber, Fabiola Heredia

EAS estudios en antropología social

Miradas

Sobre la formación de antropólogos y no antropólogos en investigación etnográfica: la experiencia de la MAS, IDES/IDAES-UNSAM

Rosana Guber
Centro de Investigaciones Sociales–Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas / Instituto de Desarrollo Económico y Social
Argentina
Coordinadora Académica de la Maestría en Antropología Social, IDES/IDAES–UNSAM
guber.rosana@gmail.com

Resumen

Los estudios de posgrado deben analizarse en relación a los estándares globales de la calidad académica y profesional, y a la historia y práctica locales de cada disciplina. Este artículo describe el desarrollo y el perfil actual de la Maestría en Antropología Social que imparten desde 2001 dos instituciones —IDES e IDAES— con el aval académico e institucional de la Universidad Nacional de San Martín, del Conurbano Bonaerense. Como posgrado intermedio entre prolongadas licenciaturas y demandantes doctorados, esta Maestría resulta de la recuperación e institucionalización de la antropología posdictatorial (desde 1984), el establecimiento de las maestrías como un nuevo escalón en la formación académica argentina, el *boom* de la etnografía en las ciencias sociales latinoamericanas, la creciente competencia en el mercado de trabajo y los requisitos nacionales para convertirse en investigador del CONICET. Los desafíos provienen de las complejidades de un mundo académico cada vez más especializado, la compresión espacial del mercado de la educación superior y el arribo de estudiantes extranjeros, junto a los estándares nacionales e internacionales de una carrera académica con estudiantes sumamente comprometidos aunque generalmente de dedicación parcial. Este artículo reflexiona sobre los contextos que afectan y modelan uno de los más creativos posgrados en la antropología del Cono Sur.

Palabras Clave: Antropología social; Enseñanza de ciencias sociales; Argentina; Historia de la antropología

On the formation of anthropologists and non-anthropologists in ethnographic research: the experience of the MAS, IDES/IDAES-UNSAM

Abstract

Graduate studies must be analyzed against global standards of academic and professional quality, but also against each discipline's local history and practice. This paper describes the development and current profile of the Master in Social Anthropology taught since 2001 by two academic institutions —IDES and IDAES— sponsored and endorsed by the National University of San Martín, in the Great Buenos Aires – Argentina. As an intermediate degree between long first degrees (*licenciaturas*) and demanding Ph.Ds (*doctorados*), this Master brings together the recovery and institutionalization of post-dictatorship anthropology (since 1984), the establishment of Masters as a new step in Argentinian academic formation, the boom of ethnography in Latin American social sciences, the increasing competence in the job market and national regulations to become a life-long researcher at the National Council of Scientific and Technological Research (CONICET). Challenges arise from the complexities of an increasingly specialized academic world, the spatial compression of the higher education market and the arrival of foreign students, together with the national and international standards of an academic career with extremely commited though mostly part-time students. This paper reflects upon the contexts affecting and shaping one of the most creative degrees in Southern Cone anthropology.

Key-words: Social anthropology; Teaching of the social sciences; Argentina; History of anthropology

Recibido el 01/09/2016; recibido con modificaciones el 01/11/2016; aceptado el 03/11/2016.

La Maestría en Antropología Social (MAS) que ofrecen el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y el Instituto de Altos Estudios Sociales (IDAES), con la titulación de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), inició su labor en una circunstancia muy particular. El año 2001, sabemos en la Argentina, fue el último de una política económica iniciada en 1989 que despedazó a la pequeña y mediana industria y que privatizó las empresas del Estado o redujo las que quedaron a su mínima expresión, que descentralizó las funciones, erogaciones y servicios en salud, educación y seguridad, y que tercerizó muchas de sus históricas responsabilidades. La eclosión social, que desbordó los canales conocidos, tuvo por protagonistas a dos grandes sectores: uno cada vez más numeroso de obreros que se encontraron fuera del mercado formal de trabajo y, por lo tanto, fuera del dominio de los gremios que estructuraron a la sociedad y la política nacional a lo largo del siglo XX, en una Argentina que llegó a rozar el pleno empleo; otro compuesto por amplísimos sectores de la clase media con variado poder adquisitivo y cuya seguridad económica fue secuestrada, denegándosele el libre acceso a sus fondos, para asegurar la estabilidad de las casas bancarias. La dolarización de la economía, iniciada por el gobierno del Partido Justicialista conducido por Carlos Menem, fue confirmada por el gobierno de alianza de centro-izquierda del radical Fernando de la Rúa.

Para el 2001, además, la Universidad de Buenos Aires (UBA) y la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) habían dejado de ser las únicas opciones de formación de grado, especialmente en las Humanidades y las Ciencias Sociales, del área con la tercera parte de la población nacional. Con propuestas innovadoras y de calidad, burocracias menos afianzadas y numerosos puestos de trabajo en docencia, investigación, política académica y administración, se inició el ciclo de las llamadas universidades del Conurbano bonaerense. Para 2001 ya las había en Quilmes (UNQ), La Matanza (UNLAM), San Martín (UNSAM), General Sarmiento (UNGS), Lanús (UNLa) y Tres de Febrero (UNTREF).[1] Centrada inicialmente en ciencias físicas y naturales, la UNSAM fue abriéndose a las ciencias sociales, particularmente desde la integración del IDAES (ex Instituto Fundación Banco Patricios) dirigido por José Nun.

Todas aquellas opciones universitarias contemplaban como ciencias sociales y humanidades a la sociología, las ciencias políticas, la historia y la economía, respondiendo en personas y en conocimientos a la semilla plantada en la UBA reformista de los años 1960, sin riego desde 1966, y asfixiada desde 1974. Con el regreso de numerosos emigrados y exiliados a partir de 1984 a las universidades nacionales, especialmente a la UBA, los intelectuales más innovadores de aquellas disciplinas prescindidas desde 1974 participaron de la reorganización de las Facultades, la integración de la diseccionada Sociología (erradicada de Filosofía y Letras en 1974) en la Facultad de Ciencias Sociales, la creación de la exitosísima Licenciatura en Ciencias de la Comunicación, y la renovación casi absoluta de la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras. Esas mismas personalidades fueron pasando a encabezar proyectos en las nuevas universidades, particularmente en Quilmes, San Martín y General Sarmiento, donde finalmente se radicaron.

Por su parte, y para 2001, el IDES llevaba ya cuatro décadas de existencia como una asociación de profesionales en ciencias sociales y economía, para la discusión y elaboración de políticas inicialmente ligadas al desarrollismo, y posteriormente a diversas corrientes unidas por su oposición al neoliberalismo. Además del Centro de Estudios en Macroeconomía y de la revista *Desarrollo Económico* —fundada por Aldo Ferrer, ministro de economía de la Provincia de Buenos Aires en 1958, para promover el debate sobre políticas de desarrollo económico y social—, el IDES alojó a la primera antropóloga social argentina María Esther Álvarez de Hermitte, desempleada, sin financiamiento y fuera de la UBA desde su renuncia al día siguiente del 29 de julio de 1966. En 1974, alentada por el gerente general del IDES, Getulio Steinbach, Hermitte creó el Centro de Antropología Social (CAS) donde ella y profesores invitados ofrecieron cursos de posgrado en la especialidad, ausente de la UBA y de la UNLP, las únicas universidades públicas de la región con grado en antropología. Debido a los vaivenes políticos y académicos de la época, el IDES se comportó como una "universidad de las catacumbas", como solemos llamar a la formación autogestionada de científicos sociales y humanistas que se reunían para estudiar en casas particulares e institutos, por fuera de la titulación oficial.

En 1984 la intervención normalizadora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA rediseñó el programa y llamó a concursos para la carrera de Ciencias Antropológicas. En los años subsiguientes, Antropología quedó fuera de las ofertas de licenciatura de las nuevas universidades. Para

2001, además de las dos licenciaturas históricas, antropología era una asignatura introductoria en Ciencias Sociales, de la Comunicación en UBA, en Humanidades y Ciencias de la Educación en UNLP, y una materia en varias universidades del Conurbano.[2]

Que la antropología social rioplatense, centro político y cultural de un país centralista, estuviera distribuida extensivamente como un saber, pero impartida como grado universitario en dos polos, uno de orientación cultural (UBA) y otro naturalista (UNLP), merece una aclaración. Para 1984 ninguno de los dos contaba con una escuela en Antropología Social. Esta subdisciplina ingresó a la Argentina como una especialidad interesada en procesos contemporáneos y de magnitud nacional, de los cuales las poblaciones indígenas, típicos sujetos antropológicos, eran solo una parte. Paralelamente a los procesos de radicalización política de amplios sectores de la sociedad argentina en los años sesenta, particularmente los universitarios, la Antropología Social pasó a designar, como en otros países (metropolitanos y periféricos), el lado crítico de una disciplina ahora comprometida con la transformación social. Pasada la eclosión de 1968-1974, esta acepción combinó, compitió y a veces prevaleció sobre la más académica que habían aprendido en sus posgrados en EE.UU., Francia y Gran Bretaña jóvenes antropólogos que volvieron a irse en 1974-1975 por razones políticas y de supervivencia personal para ya no regresar.[3] Mantuvieron la antropología social en la Argentina quienes pudieron permanecer, como Hermitte (Ph.D. Chicago) en IDES y Leopoldo J. Bartolomé (Ph.D. Wisconsin) con Carlos A. Herrán (Lic. UBA) y un grupo de antropólogos radicados en Posadas, en la única licenciatura de Antropología Social que persistió desde su creación en 1974. Para 1982 Hermitte, Bartolomé y Herrán iniciaron una maestría en Antropología Social en la sede Buenos Aires de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Por falta de un cuerpo más amplio de profesores en la materia, la titulación de lo que pudo ser la primera maestria en Antropología Social en la Argentina se anuló en beneficio de la más general y preexistente Maestría en Ciencias Sociales. Sin embargo, con este antecedente y ya fallecida Hermitte en 1990, un grupo de jóvenes licenciados, la mayoría en Antropología de UBA, que frecuentaban las actividades y cursos del CAS, propuso en 2000 la creación de una maestría, nivel de posgrado que solo existía en FLACSO y en las escuelas de negocios, y del que carecían las universidades públicas argentinas. Solo Bartolomé y su equipo de profesores habían tenido la visión de crear un magister en Antropología Social (1994/1995) como posgrado escolarizado y sistemático, de articulación internacional especialmente con el Brasil.

Ante la reorganización universitaria de 1984-1986, y salvo en Posadas, la antropología social existía en la Argentina más como intención que como escuela. Así que, desde entonces se trató de individuos que partían y generalmente volvían de formarse en el exterior (Londres, París, Baltimore, Austin, Nueva York y México) y, desde 1987, particularmente en Brasil (Río de Janeiro, Brasilia y Porto Alegre). Ahora bien. La mayoría de los flamantes doctores en estas y otras escuelas (por ejemplo, la de los Países Bajos) vio mayores posibilidades de desarrollo académico y personal en las nuevas universidades y conformó un excelente plantel para nuevas licenciaturas y posgrados.

La nueva antropología social argentina de comienzos del siglo XXI estuvo formada por antropólogos de mediana edad graduados en antropología y con posgrados recientes en el exterior; graduados jóvenes en antropología con posgrados en curso o recién finalizados, también en el exterior; científicos sociales —Comunicación y Sociología— que descubrieron la antropología haciendo sus tesis de licenciatura, y que apostaron a posgrados antropológicos en el exterior; antropólogos con formación nacional que aprovecharon el regreso de sus colegas y la creciente articulación internacional con otras escuelas de antropología y breves estadías en el exterior (Bartolomé, 2010).

Tal era la situación en 2001 cuando al posgrado misionero se agregaron el de la UNSAM en Antropología Social y el de Córdoba en Antropología, con Antropología Social como opción subdisciplinar. La de UNSAM fue la primera maestría en el área rioplatense y, hasta 2010, sin el sostén de una licenciatura antropológica en la misma institución. Localizada en la Capital Federal, al lado de la fuerte presencia de la antropología en UBA con su licenciatura y doctorado no escolarizado, esta maestría logró consolidarse como una opción intermedia integrada por profesores de UBA, del IDES, de UNSAM y de otras universidades. Sin embargo, la nueva localización institucional, su público y la relación más personalizada produjeron un nuevo perfil que se reveló importante para ampliar y extender la base y la proyección socio-académicas de la Antropología Social.

El plantel original de profesores de la MAS eran antropólogos y sociólogos con postgrados en London School of Economics, Johns Hopkins, Austin-Texas, Temple, California-Los Angeles, Museu Nacional de Río de Janeiro (UFRJ), Universidad de Brasilia y Universidad Federal de Río Grande do Sul, y una estadía postdoctoral en el Museu Nacional de Río de Janeiro (UFRJ). Esta base formativa fue fundamental para creer en y apostar a enseñar una antropología basada en su elemento distintivo: la articulación de la teoría y el material empírico producido en el trabajo de campo presencial, intensivo y prolongado, es decir, la etnografía. De este plantel inicial casi todos eran egresados de la UBA y varios seguían siendo profesores regulares en su licenciatura o en las facultades de Ciencias Sociales y Comunicación, lo cual facilitó el puente entre un posgrado externo a la UBA y sus posibles estudiantes. El resultado fue un posgrado con formación exogámica y más diversificada.[4]

Sin embargo, la propuesta no solo abrevó en estudiantes licenciados en antropología. Para los de otras disciplinas sociales, el móvil principal hacia la antropología social fue un acercamiento distinto —cualitativo, de primera mano y 'comprometido'— con la realidad social concreta, con distintas poblaciones y en distintas temáticas. El perfil etnográfico, entendido por los aspirantes como eminentemente metodológico, constituye hasta hoy la principal razón para optar por este posgrado. Aunque para que la expectativa se concrete en un aprendizaje novedoso, es imprescindible que sus docentes sean investigadores activos —básicos y/o de gestión y/o aplicados— y que, cualquiera sea la temática de su curso, puedan establecer una vía fluida entre método y teorías, entre categorías analíticas y categorías nativas, de cara a los múltiples intereses temáticos de los estudiantes. Esta articulación contribuye, o debiera contribuir, a prever la elaboración de la tesis como una instancia conceptual y temporalmente más próxima a los cursos.

Ahora bien: la práctica etnográfica como razón de la elección de este posgrado es también su principal obstáculo. Si lo que interesaba era transformar una relación mediada por la encuesta o por el análisis de discurso en una relación personalizada, abierta y flexible pero metódica con los sujetos de estudio como la que propone la etnografía, a la hora de escribir la tesis esa relación es, por lo abierta, creativa y no predeterminada, enemiga de su culminación. Para que la etnografía —método y texto— no se convierta en un incordio para quienes optaron por ella, es necesario un desarrollo curricular cuyo dictado no resida en la clase magistral y cuya consecución dependa de diversas instancias operativas, como son los cursos obligatorios y optativos, las tutorías, los dos talleres de tesis y un seminario para discutir trabajos en proceso.

El desarrollo curricular contiene cinco cursos sustantivos y obligatorios: Teoría Antropológica I y II, Método de investigación etnográfica y Antropología Política. En ellos está siempre presente la situación de campo en relación con las teorías antropológicas y epistemológicas, ya sea a través de lecturas etnográficas, ya sea a partir de materiales producidos por los estudiantes en sus respectivos campos y la experiencia etnográfica del docente. Así, esta dinámica no se limita a la asignatura metodológica.

Las tutorías son acompañamientos que reciben los estudiantes desde su ingreso a la maestría, a cargo de un profesor designado por afinidad temática y cuya labor es ayudar al estudiante a iniciar reflexiones sobre su tema de tesis y orientarlo en la elección de materias optativas y a discutir cuestiones sustantivas de la antropología. La concreción de las reuniones depende de la voluntad del estudiante y no tiene carácter obligatorio. La tutoría concluye con la elección de un director de tesis que puede o no ser parte del postgrado.

Los talleres completan las asignaturas obligatorias, y están concentrados en los dos aspectos nodales de la tesis: la escritura etnográfica y la elaboración de un problema de investigación. En el primero se trabaja con producciones propias de los estudiantes, de los docentes y con la literatura antropológica. En el segundo se avanza hacia la redacción de un proyecto de investigación, requisito de la UNSAM desde el año 2012 para iniciar el proceso de graduación que concluye con la defensa de la tesis ante un jurado integrado por un profesor de la Maestría, uno del IDAES y un tercero de otra institución.

Con cinco asignaturas y dos talleres obligatorios, restan tres cursos optativos, dos de los cuales, "Las culturas populares en el mundo contemporáneo" y "Estudios antropológicos sobre simbolismo, pensamiento y cognición", se vienen reiterando por su gran convocatoria y capacidad formativa. Los estudiantes también cursan, a elección y/o sugerencia de sus tutores y directores de tesis, otras asignaturas antropológicas, humanísticas y de ciencias sociales en el IDES, el

IDAES y otras instituciones. La demanda de materias optativas antropológicas es, sin embargo, muy elevada en buena medida por el interés que despierta el nuevo giro en contraste con la formación de grado extraantropológica del 70 % de los estudiantes (provenientes de Ciencias de la Comunicación y Sociología, y también de Historia, Arquitectura, Letras, Ciencias Políticas, Ciencias de la Administración, Derecho, etc.).

Ciertamente, la opción por la antropología social teniendo como base otras disciplinas suele implicar, según el sesgo de este posgrado, un viraje en la formación académica que alcanza la dimensión personal. Hablamos de 'sesgo' para enfatizar la actitud investigativa y la interpelación personalizada para proponer distintas formas de abordar y comprender la vida social. El primer indicio de este viraje se produce en la entrevista de admisión, algo más que una constatación oral y escrita de las capacidades del candidato (que incluye una breve descripción de su interés en este posgrado) y la presentación de los requisitos y dinámica lectivas hasta su coronación en una tesis. El segundo indicio aparece con las primeras asignaturas obligatorias —Teoría I y Método— que buscan remover las certezas instaladas por el sentido común teórico y metodológico que cada cual trae según su especialidad, para dar lugar a nuevas búsquedas y una nueva disposición epistemológica. Así, el arribo a los talleres en el segundo o tercer año del ciclo —según la decisión de cada estudiante de realizar la Maestría en dos o tres años— supone una cierta transformación que debiera expresarse en el trabajo de tesis.

El gran desafío es, aquí, cuánto permite cada cual que esa transformación se produzca y lo atraviese mientras debe atender otras cuestiones de orden académico y cotidiano. Decididamente esto debe suceder en los no-antropólogos, pero también en los antropólogos, en parte por el carácter compacto y demandante de esta Maestría, y en parte por una cuestión de maduración personal y conceptual. No son ya recién egresados de secundaria sino licenciados y profesores, a veces con varios años de recibidos. Para que el estudiante acepte este cambio de perspectiva hay varias condiciones. El *full time* que ya llega con una beca o que la consigue en el transcurso de los dos-tres años, suele tener una disponibilidad distinta a la de quien debe trabajar en otros menesteres. De todos modos no hay garantías. Una beca (CONICET, OEA, Carri, exención parcial o total de matrícula por PROFOR y por IDAES-UNSAM, etc.) ayuda pero no garantiza la transformación epistemológica que demanda la antropología, y que se suscita en el trabajo de campo intensivo, el planteo del problema, el tiempo de lectura y, sobre todo, la redacción de una etnografía final. Como la etnografía no sigue los formatos habituales y preestablecidos de las tesis de otras especialidades sino que responde a las particularidades del problema de investigación y de su campo, su composición y redacción presenta siempre un gran desafío. De todos modos, y en buena medida gracias a los dos talleres que atienden a la composición de un argumento y la descripción teorizada, y a la presentación de un problema de investigación inscripto en un proyecto, respectivamente, el índice de graduados de esta Maestría es bastante elevado (un 30 %) en relación a otros posgrados.

La MAS tiene, ciertamente, un sesgo hacia la investigación no solo porque sus docentes son investigadores (CONICET, Agencia de Promoción de la Ciencia y la Tecnología/MINCyT y universidades), sino también porque ellos consideran y constatan en su propia experiencia que las capacidades para investigar son cruciales para desarrollar otras modalidades de la antropología ligadas a la administración, la gestión, la organización, la docencia y la aplicación. Parte de los jóvenes que llegan a este posgrado desean ingresar a la carrera de investigador de CONICET, para lo cual suelen presentarse como candidatos a becas doctorales y a un doctorado en antropología o ciencias sociales. Como la edad es el principal elemento limitante de la eligibilidad para convertirse en becario de CONICET, y luego en investigador de carrera, un posgrado intermedio —maestría— previo al doctorado y en antropología social requiere un esfuerzo extraordinario con respecto a las demás disciplinas. Ese esfuerzo reside precisamente en su novedad y fortaleza: la etnografía en tanto trabajo de campo intensivo, y en tanto composición textual con pocos elementos modélicos preestablecidos. Ambos requieren de elaboración y por lo tanto conspiran contra la presentación 'en tiempo y forma' en relación a la edad. Este factor, sumado a los requerimientos de publicación, desmotiva a personas sumamente imaginativas y trabajadoras que abandonan también la tesis cuando ven que 'se les pasa el cuarto de hora'. Perdida la única oportunidad en sus vidas para vivir de la investigación sustentada por el CONICET, suelen dejar la investigación, la tesis y, de paso, también la maestría.

Esto no es exactamente lo que sucede con los es-

tudiantes extranjeros, que han constituido entre un 20% y un 50% del total de las promociones, según los años. Para ellos el CONICET es una posibilidad, pero el regreso por razones familiares, laborales o afectivas es siempre una alternativa. Por otro lado, si el trabajo de campo para sus tesis lo realizan en sus países, puede ocurrir que en sus domicilios no tengan el apoyo estrecho de quienes fueron sus interlocutores. Pese a las TICs, su situación es otra y requieren de una decisión sostenida en el tiempo y el trabajo para concluir sus tesis. Reconociendo todos estos condicionamientos, la consecución de la Maestría depende siempre de la voluntad personal del estudiante y en no menor medida de la de su director.

Quizás no esté demás agregar que no siempre las tesis más interesantes ni de mejor calidad son las que se hacen 'en tiempo y forma' (entre uno y dos años de terminados los cursos), ni son las elaboradas por licenciados en antropología. Aunque el director debe ser antropólogo para promover en su dirigido la labor y la argumentación etnográfica, la antropología es una vía que cualquiera puede transitar. Pero tiene su singularidad: por tratar con y acerca de personas, depende mucho de la formación teórica y de la comprensión humana de los investigadores, con sus propias trayectorias y experiencias académicas y personales; también depende de la disposición de los sujetos de estudio y los avatares del campo.

Mientras tanto, el sistema científico argentino espera el arribo de los candidatos a la buena investigación demasiado rápido y temprano. El sistema de incorporación por edades es generalmente pernicioso e injusto para la investigación antropológica; también para los posgrados en los cuales se forma el investigador que hará etnografía.

Esta desavenencia temporal incide en las temáticas elegidas porque aún cuando no se disponga de un problema claramente formulado, los estudiantes suelen elegir según los mandatos académicos de los 'buenos temas' sobre los sectores 'necesitados' de los servicios de las ciencias sociales. Estos mandatos, en la Argentina, están amarrados a las consecuencias políticas y sociales de los gobiernos de facto ('dictadura', 'Proceso' u otras denominaciones) y las políticas neoliberales extremas (década del noventa). Así, por ejemplo, el 70% de la segunda cohorte de esta Maestría que ingresó en 2003 (por la crisis económica no se inscribió para el 2002) planeaba investigar el llamado 'movimiento piquetero'. Al año siguiente el porcentaje había descendido a la mitad y al otro año casi nadie estaba interesado en el tema. Las cuestiones ligadas a 'sectores populares' en sus manifestaciones culturales, políticas, gremiales, deportivas, habitacionales, sanitarias, educacionales y religiosas, los llamados 'pueblos originarios' y los 'procesos de etnogénesis' son las más recurrentes; los hay novedosos referidos al personal de seguridad y profesores de educación física, y están escasamente representados los estudios sobre científicos, científicos sociales y de las humanidades, sectores medios y altos, empresarios, comida, droga, delito, militares, TICs, militantes feministas y de agrupaciones políticas, y ruralidad. Por lo general, las investigaciones se llevan a cabo en la Ciudad de Buenos Aires y en el Conurbano.

Ahora bien. Una moda temática puede desafiarse, lo cual es particularmente sencillo para la antropología, no solo porque es la más nueva de las ciencias sociales y las humanidades en términos de visibilidad y presencia en la Argentina, sino también porque tiene conceptos y prácticas que le permiten disputar el dominio de la perspectiva estatal (que organiza el análisis social en divisiones ministeriales como Salud, Economía, Política, Religión, etc.), la cuantificación (y sus afanes de representatividad y generalización) y la investigación cualitativa (sobre todo la que se limita a transcribir el discurso del 'entrevistado'). Pero las modas son un problema de la antropología toda, y las hay temáticas, teóricas y metodológicas. Que un posgrado aliente la diversidad depende de la ductilidad de los estudiantes y muy especialmente la de los profesores, que pueden o no ser los directores de las tesis. De ahí la importancia de los cursos, las tutorías y, también, del Seminario mensual en que los estudiantes tienen la posibilidad de leer y discutir las presentaciones orales, escritas y comentadas de artículos o capítulos de tesis en curso o concluidas.

Ciertamente el principal obstáculo práctico para la finalización de las tesis es la necesidad de obtener un empleo fuera de la academia y la especialidad. Como ya no se trata de jóvenes que acaban de egresar de la escuela secundaria, su autonomía económica es perentoria. Por lo general, los estudiantes de esta maestría han sido bienvenidos en el sistema científico-académico nacional; argentinos y algunos extranjeros han obtenido becas de investigación doctoral (CONICET, Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, etc.) que duran entre tres y cinco años. Estas becas, sin embargo, se conce-

den para cursar doctorados, mientras que las maestrías tienen escaso valor en los concursos de ingreso a carrera de investigador. Este 'privilegio' de la beca tiene, entonces, su complejidad porque sumerge al becario en una serie de nuevos cursos doctorales, mientras está terminando su trabajo de campo y se dispone a escribir su tesis de maestría. Como el compromiso con quien da la beca es la defensa de la tesis doctoral, el retraso en la tesis de maestría induce a su abandono —sea la tesis o la tesis más algunas materias pendientes— y a pasar directamente al doctorado. Los casos que han logrado el doctorado en estas condiciones son muy pocos y desalentadores, salvo que el estudiante cuente con una formación básica y una estructura de contención antropológica (relación con un equipo de trabajo y un director con experiencia). Muy probablemente, sin estos elementos, el candidato no hará ni la maestria ni el doctorado.

Como hemos señalado, este posgrado ha intentado allanar el camino a la tesis pensando en ella desde el comienzo —tutores, enlace entre cursos e interés de cada estudiante, lectura de etnografías— y con los talleres de tesis que apuntan activa y concretamente a la capacidad de leer/escribir y a la capacidad de formular un problema de investigación que se pueda abordar en un corto plazo.

En suma: esta Maestría en Antropología Social es un posgrado intermedio que se ofrece como reorientación y profundización disciplinaria y profesional a egresados en antropología y ciencias sociales (también de otras disciplinas). A diferencia del pasado, en que los primeros antropólogos sociales argentinos llegaban a instancias de formación superior sin instrucción local en la materia, actualmente las fuentes de formación son muchas y diversas. La elección de una maestría implica también la elección de cierto perfil que resulta de quienes la conforman, y de cómo estos se posicionan con respecto a la trayectoria de la disciplina en general y en el país en particular. La MAS resulta, en su acepción más profunda, de la antropología social de fines de los años sesenta, parte de la cual logró sobrevivir en el IDES, que daba prioridad a la investigación empírica de lo que por entonces se conocía como "antropología social de las sociedades complejas". Aunque las condiciones se hayan modificado, la progresiva institucionalización de esta subdisciplina antropológica genera requerimientos que es necesario discutir para que no se interpongan con una formación de posgrado que debiera concluirse a lo sumo en cuatro años, incluyendo una investigación original de buena calidad. La MAS es hoy un posgrado exitoso en su índice de egreso, la satisfacción de los estudiantes, la calidad de sus tesis y la recepción del sistema científico y profesional de sus egresados. Sus dificultades se vinculan a la necesidad de los estudiantes de buscar empleo, a la necesidad de tiempo y a veces de dinero para hacer trabajo de campo intensivo y extensivo y para elaborar la aleación entre teoría y campo; también se relacionan con la presión doctoral y el requerimiento de participar en reuniones científicas y publicar artículos mucho antes de tener algo que decir. Por eso, y para garantizar el número y la calidad de la producción académica y de sus egresados es imprescindible la fluida comunicación entre profesores y alumnos, entre tutores, directores y tesistas, entre los mismos postgrados, y entre estos y el sistema científico argentino con sus vistosos anzuelos, con sus sostenidas demandas y también con sus justas recompensas.

Bibliografía

Accinelli, A. y Macri, A. (2015). *La creación de las Universidades Nacionales del Conurbano Bonaerense: análisis comparado de dos períodos fundacionales*. Disponible en: http://www.saece.org.ar/docs/congreso5/trab103.pdf – [Consultado el 27/07/2016].

Bartolomé, L. J. (org.). (2010). *Argentina: la enseñanza de la antropología social en el contexto de las ciencias antropológicas*. Red de Antropologías del Mundo/World Anthropologies Network. LASA-Ford. Disponible en: http://www.ram-wan.net/old/documents/06_documents/informe-argentina.pdf – [Consultado el 22/07/2016].

Guber, R. y Visacovsky, S. (2000). Nación, marginalidad crítica y el Otro interno en la antropología social argentina de los 1960s-70s. *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 40(158), (289-316).

Notas

[1] Desde 2009 se crearían las universidades de Moreno, Avellaneda, Oeste (Merlo), Arturo Jaureche (F.Varela) y José C.Paz. Además, recuérdese que la Universidad Nacional de Lomas de Zamora fue fundada en la era de los setenta, junto con la Universidad de Luján y con otras universidades nacionales de las provincias (Universidad Nacional del Nordeste, de Salta, de Catamarca, de Misiones, etc.). Las más antiguas y decanas de la Argentina son las de Córdoba y Buenos Aires, seguidas por la de La Plata y luego la del Litoral (Accinelli y Macri, 2015).

[2] Para 1990 había grado en Antropología con orientación Social en las universidades nacionales de Rosario, Salta, Jujuy y Olavarría (UNICen), las tres creadas ya en período democrático, y específicamente en Antropología Social en Misiones desde 1974.

[3] Ninguno de los doctores en Antropología Social en el exterior hizo pie en UBA y en UNLP en sus tránsitos de campo doctorales ni después (Guber y Visacovsky, 2000).

[4] Es importante señalar que el planteo original de esta Maestría proviene de un grupo de graduados de UBA que adoptó una orientación hacia la antropología social británica, tomó cursos en el IDES con Hermitte entre 1975 y 1982, y desde el 10 de diciembre de 1983 condujo la intervención normalizadora de Filosofía y Letras (UBA) y de su departamento de Ciencias Antropológicas.